

Chihuahua

Miguel Angel Granados Chapa

Ya es oficial el triunfo de Francisco Barrio en la elección para gobernador de Chihuahua. Si bien la diferencia numérica entre los votos alcanzados por el candidato panista (386 mil 948) respecto de los obtenidos por el aspirante presentado por el PRI, Jesús Macías (335 mil 353), fue muy reducida (apenas 51 mil 595) y representa menos de 7 por ciento del total, es claro el predominio político que Acción Nacional alcanzó en esa entidad, la segunda fronteriza que controla a partir de elecciones.

En efecto, en los otros dos renglones resueltos por los comicios del 12 de julio, la integración de la legislatura local, y de los 67 ayuntamientos del estado, el PAN obtuvo también progresos significativos. De las 18 curules de mayoría, ganó 10, y con cinco que probablemente se le asignen adicionalmente mediante el mecanismo de la representación proporcional, dispondrá de 15 curules. La Cámara de Diputados se compone de 28 asientos. El PRI ganó ocho bancas de mayoría, contará tal vez con tres más, y las dos restantes se asignarán al PRD y al PARM. En la contienda municipal, si bien el PRI ganó la mayor parte de los cabildos, perdió a manos de Acción Nacional todas las grandes ciudades, excepto la capital. El PAN gobernará en 19 municipios, comenzando por el de Ciudad Juárez. Ni siquiera en 1983, que había sido el de mejor cosecha en esta última materia, pudo el PAN ser tan exitoso como el 12 de julio anterior.

En Baja California, en 1989, Acción Nacional consiguió una victoria de amplias proporciones, pero no de la magnitud alcanzada en Chihuahua. En la península, el gobernador Ernesto Ruffo ha tenido que vérselas con un Congreso local donde hay un equilibrio inestable, roto a veces en favor de sus iniciativas, otras en contra de ellas. Si bien el peso de las legislaturas locales es tenue en nuestro sistema político, no se puede desdeñar la dificultad que se deriva de que las cuestiones presupuestarias, por ejemplo, tengan que ser aprobadas y supervisadas por un órgano colegiado que se proponga fines diversos de los expresados por el Ejecutivo. Barrio, en cambio, contará con el apoyo pleno de la mayoría panista, pues aparte de ser el gobernador, es el líder indiscutido del panismo. Ruffo Appel, para usar de nuevo la referencia obligada, tiene que manejar un severo enfrentamiento entre corrientes y personajes del panismo que, dicho sea lateralmente, repercutirá negativamente para él y su proyecto en las inminentes elecciones del 2 de agosto, para renovar los ayuntamientos y la legislatura local.

La leve diferencia entre el PAN y el PRI, medida en términos estatales, se hace todavía más tenue vista en la dimensión de los distritos. En el primer distrito, con cabecera en la capital, el panismo aventajó a su adversario por

apenas mil votos, en una masa total superior a los 70 mil; en el tercero, Cuauhtémoc, la diferencia es de menos de 800; en Ojinaga la separación es aún menor (si bien el total de la votación es también más reducido), pues apenas sobrepasa los 700 votos. En sentido contrario, el PRI ganó el sexto distrito, Jiménez, por 6 mil 553 contra 6 mil 34.

En la contienda municipal se producen casos análogos, de diferencias apenas perceptibles, salvo en Ciudad Juárez, donde el PAN arrasó. En ese como en otros casos, contó primordialmente la personalidad de los candidatos. Francisco Villarreal, el candidato panista, es un muy conocido hombre de negocios, que hace seis años participó en un célebre ayuno de defensa de la democracia entonces conculcada. Mientras que don Luis H. Alvarez participó en ese lance en la ciudad de Chihuahua, de donde era alcalde con licencia (obtenida precisamente para participar en esa riesgosa iniciativa), en Juárez los huelguistas fueron Villarreal, entonces todavía no militante del PAN, y el doctor Víctor Oropeza, asesinado hace unos cuantos meses en turbias circunstancias. Villarreal es un filántropo que dedica buena parte de su patrimonio a patrocinar obras de beneficio colectivo, sin que haga ostensible su participación ni le saque raja fiscal ni social a sus aportaciones.

El inequívoco apoyo del electorado chihuahuense a los candidatos panistas (y no sólo a Barrio, por lo que es preciso moderar el juicio de quienes atribuyen su victoria al sentimentalismo provocado por la trágica muerte de su hija Judith) y el reconocimiento de los resultados por los mandos priistas, empezando por el presidente de la República son fenómenos que ya han comenzado a ser explicados, pero en torno de los cuales habrá que investigar y reflexionar pausadamente. Se trata de un tema de excepcional importancia. Puede tratarse de algo meramente circunstancial, reversible por lo tanto, tal como se propone hacer el partido gubernamental. Pero puede ser también el comienzo del bipartidismo que se abrió paso en la década de los ochenta hasta que fue interrumpido por la presencia del cardenismo. Se trataría, además, de un bipartidismo virtual, al estilo norteamericano, donde las fronteras entre republicanos y demócratas no siempre pueden trazarse.

Inclinado al centro, el electorado chihuahuense parece haberse guiado no por los mensajes de los partidos, que coinciden en lo sustancial, sino en otros factores que no fueran necesariamente la personalidad de los candidatos y el vigor de su presencia. Quizá pesó el hartazgo provocado por el PRI. Sólo así se explica que un priista tan conocido y honorable como el periodista Luis Fuentes Molinar haya perdido de nuevo -ahora una curul, antes la alcaldía de Chihuahua- ante el partido en el poder, como ahora hay que llamar al PAN en Chihuahua.